

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

La Enfermedad Histórica. Relevancia de la crítica nietzscheana a la historia para la actualidad.

Pantaleo y Patricio Iván.

Cita:

Pantaleo y Patricio Iván (2013). *La Enfermedad Histórica. Relevancia de la crítica nietzscheana a la historia para la actualidad. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/1024>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 120

Título de la Mesa Temática: “La Historia en perspectiva”

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Susana Debattista y Mudrovcic, María Inés

TÍTULO DE LA PONENCIA

“La Enfermedad Histórica. Relevancia de la crítica nietzscheana a la historia para la actualidad.”

Apellido y Nombre del/a autor/a: Patricio Iván Pantaleo

Pertenencia institucional: IFDC-SL; UNRC

Correo electrónico: patriciopantaleo@hotmail.com

<http://interescuelahistoria.org/>

1. Introducción

La *Segunda Intempestiva* representa un diagnóstico de Nietzsche de la sociedad de fines de siglo XIX y uno de los principales males que ella padece: la enfermedad histórica. Este concepto, sin embargo, presupone una amplia reflexión; y la caracterización de lo que Nietzsche considera *enfermo* y de qué y cómo considera la *Historia* en cuanto perjudicial, implicará, para aproximarnos apenas, todo el desarrollo del presente trabajo. El conocimiento científico, la educación moderna, las personalidades débiles, la sobresaturación histórica y la Historia misma, son conceptos que Nietzsche no sólo aborda y critica constantemente, sino que reformula en su contenido semántico y obliga a una readaptación de los cánones conceptuales para lograr un entendimiento dentro de estos parámetros que él mismo criticó, y que aún, desde mi punto de vista, permanecen algunos resabios.

Es una crítica, en diez breves apartados, a una concepción de tiempo, que se expresa en una cultura ocupada del *contenido*, sin detenerse en el correlato que éste tenga en la *forma*; una sociedad ocupada del conocimiento en cuanto teorización y no de su efecto práctico; una sociedad que supedita el acto vital a la forma de conocer, y no la utilización del conocimiento al servicio de la vida. Es un escrito que, desde mi punto de vista, acusa la falta de grandeza humana y al proceso que a ello ha llevado, al proceso de la sociedad burguesa, mercantil y homogeneizadora, que esclaviza a las personas y las priva de la libertad de confiar en sí mismos; hecho que posibilitaría la transformación de ésta sociedad de valores impuestos. Este escrito es, como va a sostener Nietzsche en su obra posterior, “un escrito belicoso, de combate” (Nietzsche, 2011: 83).

En los apartados siguientes se analiza el escrito en cuestión en algunas, de lo que aquí se considera, sus principales aristas, mediante una interpretación crítica de la *Segunda Intempestiva*. En el primero de ellos, “La Cultura Histórica, el Hombre y la Historia” se expone el diagnóstico general que Nietzsche realiza sobre su sociedad contemporánea y el carácter cientificista de la misma, pero también los aportes que la Historia puede realizar a la Vida. Todo, desarrollado principalmente, desde el primer hasta el quinto apartado de la *Segunda Intempestiva*. En el segundo, “*fiat veritas pereat vita*”, se aborda el resto de los

apartados donde Nietzsche da cuenta de las cinco dificultades para la vida de la sobresaturación histórica, a modo de análisis de los males de su cultura contemporánea.

2. La Cultura Histórica, el Hombre y la Historia

Nietzsche empieza el escrito con una declaración elocuente de lo que pretende ser, desde mi punto de vista, el resto del trabajo: un escrito que muestre la discordancia de su tiempo entre dos cuestiones fundamentales que hacen a la grandeza y la sapiencia de un época, la que existe entre conocimiento y acción, entre interior y exterior, entre enseñanza y vida, en fin, entre pasado y presente. Así, Nietzsche empieza el prefacio de la obra con un *Ceterum censeo*¹ de Goethe expresando su discrepancia con esta sobrevaloración de la instrucción por sobre la actividad, característico de su época, y sosteniendo, en referencia a la obra que inicia, que:

...se describirá en realidad por qué la enseñanza sin vivificación, por qué el saber en el que se debilita la actividad y por qué únicamente la historia como preciosa superfluidad del conocimiento y artículo de lujo ha de resultarnos, según las palabras de Goethe, seriamente odiosa, pues todavía nos faltaría lo más necesario, al no ser lo superfluo sino enemigo de lo necesario. (Nietzsche, 2003: 37)

La Historia constituye aquí, algo más que lo que meramente conceptual se entiende por ella actualmente. Hace referencia a toda una cualidad de su época que, por todo lo que representa en cuanto a su relación con el pasado, la memoria y el recuerdo en los hombres, es el exponente clave de crítica por encontrarlo síntoma fundamental de su cultura contemporánea, la cultura histórica. Una cultura que basa sus cimientos en la acumulación de datos, en los registros históricos, pero en una forma excesiva, a punto tal que, este exceso de memoria imposibilita cualquier intento de creatividad que exceda sus márgenes, es decir, el del conocimiento objetivamente reconocido. Es una cultura donde prima el recuerdo, donde se valoriza en sobreabundancia la información y el conocimiento, y es por eso, como luego dirá Nietzsche, que el antídoto a esta enfermedad, aunque algunos lo

¹ “Por lo demás, me es odioso todo aquello que únicamente me instruye, pero sin acrecentar mi actividad o animarla de inmediato.”

perezcan, será lo ahistórico. Así es que el diagnóstico que hace sobre su cultura, de la cual la corriente historicista es su arista más visible, resulta intempestiva, porque delata y acusa que el principal defecto de su tiempo, reside en lo que todos valoran, en lo incuestionable. Es intempestiva, según Nietzsche, porque "...intent[a] comprender algo de lo que con razón se enorgullece este tiempo, su cultura histórica, como algo perjudicial, como defecto y carencia de esta época. Porque cre[e], incluso, que todos nosotros sufrimos una ardiente fiebre histórica y que, como mínimo, deberíamos reconocer que la sufrimos." (Nietzsche, 2003: 39)

Nietzsche, sienta este inicial desarrollo de su concepción crítica de la cultura histórica en una descripción antropológica, más precisamente en su análisis de la felicidad humana, de la cual hace depender toda la construcción que, por sobre el hombre, se construye, es decir, la cultura y la sociedad. Todo posterior desarrollo de crítica y postulación de su propia concepción sobre los males que padece la sociedad y hacia donde podría llegar si utiliza los antídotos correctos se basan, desde nuestro punto de vista, en esta interpretación sobre la ontología de la felicidad humana.

Empieza el primer apartado con una exposición metafórica sobre un rebaño que pasta, y una posible interpretación cínica de la naturaleza ontológica del animal, que lo hace poseedor de una cualidad que el ser humano no tiene: el estar continuamente en el momento presente. Esta cualidad presupone, según se interpreta aquí a Nietzsche, una *felicidad* lograda, principalmente, por la ausencia de memoria; es decir, de recuerdos que no sólo nos imposibilitan ver la condición plena del presente (su fluidez), sino que también nos carga con el disgusto melancólico de invocar momentos que fueron.

A diferencia del animal, en el hombre la naturaleza de su *felicidad* resulta descrita con algunas consideraciones distintas. La naturaleza humana no es permanecer en continuo *estar aquí* cómo sería la naturaleza del rebaño, donde la acción del recuerdo y del olvido no tiene lugar, y que por eso es una felicidad imperturbable, según las especulaciones de Nietzsche. Fenomenológicamente, la felicidad humana (siempre entendida ésta como dependiente del recuerdo y el olvido según Nietzsche) está condicionada, por el solo hecho ya de poseerlos, a lidiar con la situación de armonía en la que se encuentren la memoria y el olvido, tanto sea en el individuo como en la sociedad. Es por ello que Nietzsche va a situar como moderador de dicha armonía a una fuerza capaz de articular la vida, en condiciones

favorables para el desarrollo, lo que garantizaría cierta felicidad. Pero bien, las cualidades de esta fuerza las abordaremos luego de esclarecer ciertas cuestiones concernientes aún, a la relación que la felicidad tiene con la vida.

Ahora bien, ¿por qué la felicidad? Porque es “lo que hace aferrarnos y estimularnos a los vivientes a la vida...” (Nietzsche, 2003: 42), es el puente directo entre el hombre y la vida, y cualquier intención que implique como finalidad la vida, implicará también el deseo de felicidad para lograrlo; como así también cualquier intento de supeditar la vida a alguna otra intención que no sea ella misma, supeditar también la felicidad como medio vivificante. Así, existe un grado que Nietzsche ve, de exceso de uno de los factores de los cuales depende la felicidad que, por dañarla a la misma, dañan también la Vida. Es el grado en el que se encuentra su sociedad contemporánea que ha sobrevalorado el recuerdo, y roto así la fuerza encargada de armonizarlo junto al olvido. Existe un grado, va a decir en el escrito analizado, “...de vigilia, de rumia, de sentido histórico, en el que se daña lo vivo para, finalmente, quedar destruido, tanto en un pueblo, en una cultura o en un hombre.” (Nietzsche, 2003: 43)

Esta fuerza que anteriormente se nombró, es la que menciona como *fuerza plástica*. Esta existe para posibilitar la vida, para articular el olvido y la memoria, y para conservar lo ahistórico y que a su vez, posibilite la creación de lo histórico. Todo en cuanto vida, y en cuanto vitalización de la misma, depende, como se dijo, de la felicidad, estimulante para la vida. Toda felicidad depende de la armonización, mediante fuerza plástica, de lo necesario olvidar y de lo necesario recordar. El recuerdo es posible y loable, siempre y cuando se encuentre dentro del horizonte del olvido, del sentir ahistórico; caso contrario, como ve en su tiempo, destruiría la fuerza plástica y, por ende, la Vida. Esta es la tesis que, desde nuestro punto de vista, Nietzsche expone cuando argumenta: “lo ahistórico y lo histórico son en igual medida necesarios para la salud de un individuo, de un pueblo o de una cultura.” (Nietzsche, 2003: 45)

Así es que la importancia que Nietzsche otorga al elemento *ahistórico* es mayor a la virtud que reconoce en el elemento *histórico*, por ser el primero condición *sine qua non* del segundo. Lo ahistórico es la atmósfera que posibilita todo hecho histórico, y todo hecho fehacientemente humano; en tanto su cultura, no hace más que producir hecho deficientes,

por haber destruido la atmosfera vital que posibilita lo humano, lo esencialmente histórico, sin desmesura. Es verdad, sostiene Nietzsche introduciendo ya, su visión antropológica:

...que el hombre sólo llega a ser hombre en tanto que pensando, reflexionando, comparando, separando, y sintetizando limita ese elemento ahistórico, y en tanto que forma en el interior de esa envolvente nube un poco de claridad luminosa y resplandeciente, es decir, mediante esa fuerza de utilizar el pasado como instrumento para la vida, transformando lo acontecido en Historia nueva. Pero no es menos cierto que, por medio del exceso histórico, el hombre deja, por el contrario, de serlo. (Nietzsche, 2003: 46)

Ahora bien, dejemos toda *enfermedad histórica* por un momento, y centrémonos en la concepción antropológica que Nietzsche expone en el escrito; que, en esta primera parte, reconoce dos tipos diferentes de hombre en tanto su visión de la temporalidad histórica.²

En primer lugar, y brevemente desarrollado, el hombre suprahistórico (*überhistorische Menschen*) es quien se eleva y logra ver y actuar acorde al sentido que le otorga la sabiduría de reconocer esa dualidad entre lo ahistórico y lo histórico. En segundo lugar, el hombre histórico, quien es, no la mayoría de los hombres contemporáneos, sino quien, aún sin poder elevarse y reconocer el carácter suprahistórico, no actúa en desmesura favoreciendo un carácter (como el caso del hombre científico moderno, enfermo de historia) sino, consciente de la correlación y de la necesidad de ambos para la Vida. A continuación, nos detendremos brevemente en cada uno.

Entonces, ¿En qué sentido pertenece la historia al ser vivo? ¿En qué medida sirve la historia a la vida? ¿Qué utilidad puede darle el Hombre Histórico? Nietzsche encuentra tres servicios de la Historia para la Vida. Le sirve para saciar las necesidades de quienes pretenden actuar, de quienes pretenden conservar y de quienes necesitan liberarse del sufrimiento. A cada una de estas necesidades que puede saciar la Historia, se le corresponde un tipo de hacer o abordar la historia misma. Para quienes pretenden actuar, se corresponde un tipo *monumental* de la historia; para quienes quieren conservar, el tipo *anticuario* de la historia; y para quienes desean liberarse, encontraran respuestas en la historia *crítica*.

² Aborda en esta primera parte las dos primeras tipologías de hombre que expone: el Hombre Histórico y el Hombre Suprahistórico. El tercer tipo de hombre, que es el Hombre Moderno, lo desarrollará más adelante en el escrito, junto a la crítica de su sociedad contemporánea; por lo que nosotros lo abordaremos también, en la segunda parte de este trabajo.

Parecería también, que Nietzsche expone a cada hombre y cada tipo de historia en cómo la utiliza cada uno y para qué fin. Está quien mira al pasado con la intención de crear algo grande en el presente y quedar así en el futuro; está también quien mira al pasado y hace del presente un acto venerable de lo “ya sido”; y, por último, está quien mira al pasado de una manera crítica y con una fuerte necesidad, desde nuestro punto de vista, *de hacer algo en el presente para una posible liberación futura*.

El primer tipo de historia y la utilidad que ofrece, expuesto en el escrito, es la historia de tipo *monumental*. Este tipo corresponde a quienes hacen de su vida un hecho magnánimo y pueden recurrir a esta historia en busca de modelos que inspiren su poderoso actuar en pos de grandes acontecimientos. Es para el hombre activo, decidido y protagonista que vive su vida como algo grandioso y único. Es aquel que, según Nietzsche, “... mantiene una gran lucha y necesita modelos, maestros o consuelos, mientras que, paralelamente, no es capaz de encontrarlos ni entre sus camaradas ni en su presente.” (Nietzsche, 2003: 52)

Este tipo de historia anima a las intenciones grandilocuentes de los hombres, otorgando la esperanza que toda *grandeza* que alguna vez sucedió, puede volver a ser posible. Esta historia también muestra al acontecimiento, al hecho, al actor, todo, en su propia e inigualable grandeza, aunque prescinde de la multiplicidad de causas que a ello dieron origen. Podría llamarse a este tipo de historia, sostiene Nietzsche, “en tanto que prescinde de las causas, una colección de «efecto en sí» o de acontecimientos que tendrían efecto en todas las épocas.” (Nietzsche, 2003: 56 y 57)

Sin embargo, toda historia, sino es ejercida por el hombre histórico que es consciente de la fuerza plástica que articula la vida, corre el riesgo de ser perjudicial, de poseer dentro de sí un peligro inminente, causado por quien la utiliza. Aquí, en la historia monumental, Nietzsche observa dos peligros según quien haga el mal uso de ella. Para el *hombre poderoso* que recurre a ella, existe el peligro de que el exceso de embellecimiento dé lugar a la libre invención por sobre lo ocurrido, y que la primacía de lo monumental por sobre los demás tipo de historias dañen al pasado en tanto que grandes partes de este se *olviden*³ o desprecien, rescatando sólo lo adornado.

³ Esta forma de perjuicio de la historia es la contraria, según mi punto de vista, al tipo de perjuicio que Nietzsche ve en su sociedad contemporánea, como se verá más adelante. Es un mal que aqueja en cuanto exceso de olvido, y embellecimiento de sólo algunos hechos, interesantes sólo para este u otro hombre que la

Y mediante similitudes seductoras, dice Nietzsche sobre el peligro del exceso de esta historia,

... atrae al hombre poderoso a la temeridad, al entusiasta al fanatismo, y, si se piensa completamente esta historia en las manos y cabezas de egoístas con talento y malhechores exaltados, terminarán destruyéndose reinos, asesinándose príncipes, instigándose guerras y revoluciones y aumentándose de nuevo el número de los «efectos en sí» históricos, esto es, de los efectos sin suficientes causas. (Nietzsche, 2003: 57 y 58)

Ahora, se pregunta Nietzsche, ¿Qué pasaría si de ésta historia se apoderan (y hacen mal uso) los impotentes e inactivos? El problema es que lanzarían sus armas contra los hombres poderosos, clásicos enemigos de lo pequeño, contra los grandes hombres capaces de utilizar este tipo de enseñanzas para fines loables que nutran la vida. Se les quitaría el protagonismo necesario para que pudieran ejercer en el presente lo que la historia les ha estimulado a realizar, convirtiendo los grandes hechos o personajes del pasado, no en enseñanza y estimulación para lo nuevo, sino cómo lo únicamente real, imposibilitando todo lo nuevo que surge con la fuerza de lo monumental.

En segundo lugar, se encuentra presente la historia de *anticuario*, que sirve a los hombres que conservan y veneran. El servicio que brinda a esos hombres para con la vida es hacerlos dignos y conscientes del momento presente. Quien, lleno de amor, venera y agradece lo que lo trajo hasta ahí, da cuenta del proceso que confluye en su existencia y la multiplicidad histórica que construyó su momento.

A pesar de todo, Nietzsche da más importancia y analiza más los peligros y lo perjudicial de la historia que sus aportes a la vida. En este caso, encuentra que este tipo de historia presenta una visión escueta de la realidad, y que sólo puede tener un efecto en conservar partes de la vida, nunca en engendrarla. Cuando se venera el pasado por sobre la actitud creadora del presente, este actúa maliciosamente sobre la vitalidad del instante, amohosando el presente, enraizado ya de manera excesiva, en un pasado que se porta como un ancla en el mar del tiempo. He aquí siempre un gran peligro, dice Nietzsche al respecto:

utiliza. Esta selección de olvido y recuerdo, daña tanto a la vida y a la fuerza natural que la armoniza, como el exceso de recuerdo, como la enfermedad histórica de su sociedad contemporánea.

...finalmente llega el momento en el que todo lo viejo se toma como igualmente digno de veneración, repudiándose y desechándose sin respeto, por contra, todo lo que no reconoce el carácter venerable de lo viejo, es decir, todo lo que es nuevo y está en continuo cambio. (Nietzsche, 2003: 63)

Por último, Nietzsche aborda el tercer posible servicio de la historia para la vida, y el tipo de hombre que de ella puede hacer uso. Se trata de la *historia crítica*, perteneciente al hombre que sufre y pretende liberarse. Este hombre, recurre a esta historia para liberarse del pasado cuando este cala hondo en sus raíces y lo aprisiona en su desarrollo. Recurre a esta historia que juzgará y destruirá parte del pasado cuando la Vida así lo requiera. Sin embargo, como los demás servicios que la historia brinda a la vida, también presenta un grave peligro en su desmesura. Que el presente se jacte de poseer una verdad que sólo él es el máximo conocedor, lo que por ende, le brinda el poder de juzgar y destruir cualquier hecho sucedido con la vara de la justicia actual, tomando todo lo realizado como injusto e incorrecto. Este intento de liberarse de lo pasado, no siempre es posible tampoco, debido a que inevitablemente también derivamos de las aberraciones pasadas, y una errónea justicia del presente, imposibilitaría una correcta aprehensión y utilización del pasado. Este peligro se trata, dice Nietzsche,

... de darse *a posteriori* un pasado del que se quiera proceder frente al pasado del que efectivamente se procede, un intento que es siempre peligroso, no sólo porque es difícil encontrar un límite a la negación del pasado, sino porque las segundas naturalezas son, en la mayor parte de los casos, más débiles que las primeras. (Nietzsche, 2003: 66)

Estos son, en fin, los servicios que la historia puede ofrecer a la vida, y de los que el Hombre propiamente Histórico (como vimos, quien no comete el exceso que sí realiza el Hombre Moderno, pero que tampoco posee la clarividencia del Hombre Suprahistórico) puede valerse para los fines que pretenda de su Vida.

Ahora bien, Nietzsche continua su escrito, y a modo de finalización de este primer apartado, exponiendo un análisis de su sociedad contemporánea y de los males que ella y el hombre característico de su época, es decir el Hombre Moderno, padecen. Esto, inmediatamente antes y a modo preparatorio de la exposición que realiza sobre los cinco

aspectos en los que la sobresaturación histórica de su época perjudica a la vida; análisis que se dejará para el próximo apartado de este capítulo.

“Todo hombre necesita de los servicios de la historia para la vida”, empieza diciendo Nietzsche en este apartado, y continúa describiendo, como anticipo de su visión sobre su época y su manera de conocer, que a pesar de esto, no la necesita como:

... una manada de pensadores meramente limitados a la observación pura de la vida, no como individuos hastiados a quienes únicamente puede satisfacer el saber y para los que el aumento del conocimiento es la meta en sí misma, sino siempre sólo para el fin de la vida y, por tanto, bajo el dominio y conducción superior de tal objetivo. (Nietzsche, 2003: 67)

Se ha roto esa relación que la Historia mantenía con la Vida, a causa de la interposición, va a decir Nietzsche, de un astro: esa manera de conocer. Esta, la exigencia de que un conocimiento para ser verdadero deba ser objetiva y científicamente comprobable con todo lo que ello implica, es lo que hace a la Historia una *disciplina* que, a causa de esta exigencia, corrompe la fuerza plástica del individuo, de la sociedad, priorizando la forma de conocer y la manera de validar el conocimiento en sí, y olvidando la finalidad que, según Nietzsche, debe tener todo conocimiento para ser de la Vida, un camino, como se dijo anteriormente, a la felicidad y al crecimiento de los pueblos.

A causa de la ciencia, dice explícitamente, “a causa de la exigencia de que la historia deba ser ciencia” (Nietzsche, 2003: 68), es que se ha roto de manera perjudicial esa relación entre conocimiento y vida, entre historia y vida. Este proceso, caracterizado por Nietzsche como espiritual e interno, surge desde lo más profundo del individuo y, contra toda lógica, no presenta exterioridad loable y original, sino que es sólo un sumario de formación interna y, que si expresa algo de su época, no es más que un proceso de desinterés por el producto que ésta pueda tener. Es un proceso de cultivo, en el que no se deja nunca de cultivar, sin importar estaciones u oportunidades, por el sólo hecho en sí de realizarlo, y donde nunca se recoge la cosecha, desgastando así, cada vez más, toda posibilidad fértil de regeneración y crecimiento que el suelo pueda poseer. El conocimiento, sostiene Nietzsche,

“...que se toma en exceso, sin hambre, incluso sin necesidades, deja ya de obrar como un motivo transformador que impulsa hacia afuera y permanece oculto en un mundo interior

ciertamente caótico que el hombre moderno, con curioso orgullo, llama su propia espiritualidad.” (Nietzsche, 2003: 69)

Esta culto a la interioridad que Nietzsche ve en su sociedad contemporánea es, desde mi punto de vista, ese proceso informático centrado en acrecentar cada vez más datos sobre los hechos del pasado con el apático correlato exterior de dejar de ocuparse por realizarlos ni de buscar en ellos motivados por un interés práctico, que vuelve a los hombres cada vez más pasivos, y cada vez menos activos, más espectadores y menos protagonistas, en fin, y según la antropología nietzscheana anteriormente mencionada, más modernos y menos propiamente Históricos.

3. Fiat Veritas Pereat Vita

En el apartado anterior, vimos donde Nietzsche aborda las cualidades del proceso propiamente Histórico, y las virtudes que él puede ofrecer al hombre consciente de la historicidad y de la fragilidad de la misma. Es en donde Nietzsche, no sólo expone su concepción antropológica, sino aborda íntegramente una de las formas de Hombre, que es el Hombre Histórico, y de los servicios de la Historia de los cuales puede servirse para la bienaventuranza de su Vida, y la de su sociedad.

Ahora bien, en el presente apartado, que se corresponde con el capítulo número cinco en adelante de la *Segunda Intempestiva*, se nos presenta analizar la concepción crítica que Nietzsche expone sobre su sociedad contemporánea, sobresaturada de historicidad y producto, a su vez, de la desmesura de un tipo específico de hombre, el Hombre Moderno. La expresión latina que aquí se utiliza como subtítulo, y que se encuentra en la obra analizada, *fiat veritas pereat vita*, “que triunfe la verdad, aunque perezca la vida” (Nietzsche, 2003: 68), expresa de manera elocuente el lema que de su época, Nietzsche crítica. Una sociedad que arriesga por el conocimiento, y tan sólo por una manera de acceder a él, hasta la vida misma, y los elementos que cuidan y velan por ella, es decir, lo ahistórico, lo poético, lo dionisiaco.

Esta sobresaturación histórica, va a empezar diciendo Nietzsche, le resulta perjudicial y peligrosa a la vida en cinco cuestiones que se enumeran en forma detallada a continuación.

Estas son:

- 1) El exceso, y la ruptura de la fuerza plástica, por medio de la historicidad, produce el contraste entre lo interior y lo exterior que *debilita la personalidad* del individuo y, por ende, de la sociedad.
- 2) La misma desmesura origina la falsa creencia de una época de poseer un *sentido de justicia* superior al de épocas pasadas.
- 3) Al primar sobre otro un elemento de la polaridad que articula la fuerza plástica, es decir el recuerdo, lo apolíneo, se perturba el instinto de un individuo y le imposibilita alcanzar verdaderamente la *madurez*.
- 4) Con todo esto, también surge como correlato, otra falsa creencia, la de suponer que la presente época se encuentra en la *vejez de la humanidad*, que es el epígono de la historia.
- 5) Por último, esto genera una actitud irónica de la época sobre sí misma, peligrando aún más de caer en un *cinismo egoísta*, que destruya las fuerzas generadoras de vitalidad para siempre.

A continuación, se abordará cada una por separado exponiendo sus características y nuestra interpretación al respecto.

3.1. La débil personalidad del Hombre Moderno

Nietzsche acusa de personalidad débil, a quien no puede dar forma a lo que con tanto esmero cultivó como contenido. Esta es una de las características principales del hombre moderno, la incoherencia entre lo que aprende y la utilidad que le destina. Esta primera peligrosidad para la vida de la sobresaturación histórica, de la sobresaturación de lo racional por sobre lo instintivo, y, en fin, de lo apolíneo por sobre lo dionisiaco, es lo que Nietzsche ve en un proceso continuo que ha llevado a desarrollar y cultivar meramente lo interior. Interior en cuanto proceso de conocimiento acumulativo, que nunca se ocupó de exteriorizarlo en un *servicio para la vida*. Se generó así, una personalidad débil, que muestra en su apática formación externa, su ocupación interior. Es por esto, que el proceso

y la forma de conocer contemporánea, están destinados a ensimismar al hombre dentro de sí, lo que le neutraliza la capacidad para visualizar el poder que su interioridad pudiera tener, si ésta se fiara de la propia vida como guía.

La manifestación exterior de esta *personalidad débil* es la uniformidad y la homogeneización de las personalidades. “En este mundo de obligada uniformidad exterior” (Nietzsche, 2003: 79), va a exclamar. Esta forma que adquiere la excesiva preocupación por lo interno, no es más que una igual entre todos los hombre. Pero esta igualdad posee un carácter peyorativo, ya que no permite que cada hombre pueda superarse y transformarse a sí mismo, sino que se mantiene preso de los convencionalismos. Es una igualdad que homogeniza y, por ende, restringe la libertad. En esto, la historia, ya no sirve para estimular y crear actos grandilocuentes y superadores, cambiantes y re-estructuradores. Su única misión es reproducirse a sí misma en tanto conocimiento interno, en tanto libro de biblioteca, y no para la creación de acontecimientos que podrían alterar la realidad.

Toda la formación moderna está dada para empobrecer y homogenizar a las personalidades, para volverlas débiles y fútiles. Nietzsche, desde el punto de vista que aquí se asume, no hace una apología de la fortaleza en cuanto mera oposición de la debilidad, sino que acusa y critica constantemente la intencionalidad de la modernidad y sus religiones (entre ellas el *objetivismo científico*) de *perpetuar la debilidad* y de no fomentar y otorgar las herramientas necesarias para que de ella se pueda salir. El proceso moderno está destinado a reproducir las personalidades débiles, no a superarlas, aun que discursivamente se diga lo contrario. Las religiones y la modernidad realzan y propugnan por la debilidad y la igualdad, en su carácter, como se dijo, más peyorativo. Una *personalidad fuerte*, no es el objetivo de la formación moderna, porque ésta, una vez *libre*, podría trascenderla y no necesitarla más. Con hombres así, va a decir Nietzsche, “toda la ruidosa seudoformación de este tiempo podría quedar reducida en la actualidad a un eterno silencio.” (Nietzsche, 2003: 95)

3.2. La verdad sólo habita en el presente. La falsa creencia de ser más justos

La segunda característica perjudicial que Nietzsche ve en el proceso de sobresaturación histórica de su tiempo, y que convierte a los hombres modernos en crédulos justicieros del desarrollo histórico, es la creencia de ser epígonos de la historia y, a causa de esto, poseer el atributo natural de ver con más claridad y mayor entidad la esencia de lo sucedido. Esto sucede, producto de la combinación de su visión del tiempo y de su forma de conocer. Su visión del tiempo, por un lado, progresista y teleológica, otorga la idea de un desarrollo lineal ascendente del transcurso histórico, por lo que todo presente sería evolución y superación de lo pasado. Por otra parte, su forma de conocer con pretensiones de objetividad, otorga a esta credulidad la idea de concebirlo certero e inalterable, por lo que también estos hombres modernos se atribuyen su función de jueces. Esta función de justicia arremete contra todo hecho sucedido, contra toda individualidad existida, con una credulidad de superioridad incuestionable. Todo pasado, todo hecho, no tiene posibilidad alguna de defensa, frente a la supremacía de la justicia del presente. Nadie obtiene, dice Nietzsche, “nuestra alabanza en un grado más alto que quien posee el impulso y la fuerza de la justicia” (Nietzsche, 2003: 84). Y es este impulso de justicia que lleva a la develación de una verdad, que en el hombre moderno y en su forma de conocer, se exterioriza con la pretensión de ordenar y castigar todo lo ocurrido, no de crear. Así, se prejuzgan servidores de la verdad, pero “pocos son los que en verdad sirven a la verdad, porque sólo son pocos los que tienen la pura voluntad de ser justos y, entre estos, algunos menos la fuerza de poder ser justos” (Nietzsche, 2003: 86). La personalidad débil del hombre moderno, poco puede hacer con sus pretensiones, ya que carece de la voluntad suficiente para realizarlas. Ser justo, implica en Nietzsche, algo más que una exigencia de percepción, en cuanto conocimiento de lo “realmente” existente y de sucedido, sino que además requiere una voluntad férrea en la “realización”, en un correlato exterior activo, del cual, el hombre moderno, y todas sus institucionalidades, carecen. No basta con pretender ser justos para conocer la justicia, basta con hacer justicia para conocer lo que se es justo; pero, como se dijo, el hombre moderno no extrae su conocimiento de la acción, sino las presunciones objetivas de su formación.

3.3. La infancia perpetua. La capacidad de juzgar y la incapacidad de crear

Como tercer perjuicio de la historia moderna para la vida, y en correlación con el anterior, Nietzsche ve que la excesiva capacidad de justicia sobre el pasado, no hace más que destruir las raíces, sobre las que lo nuevo podría crearse. La madurez del individuo y de la sociedad no es la meta, sino que lo son el pasado, y solamente el pasado que se juzga y no del cual se aprende y se crea. Aquí, Nietzsche retoma una vez más su pensamiento acuñado en *El Nacimiento de la Tragedia*, respecto de la dicotomía dionisiaco-apolínea de la realidad y su articulación en la *fuerza plástica* que hemos visto en la primer parte de este apartado. El impulso creador y constructivo depende siempre del elemento ahistórico, del elemento dionisiaco. Al ser corrompida la fuerza plástica por el elemento apolíneo, por el elemento histórico, la creación se marchita, por la carencia de una atmosfera posibilitadora. A tal fin, sostiene Nietzsche:

Si detrás del impulso histórico no obra ningún impulso constructivo, si no destruye y despeja el solar para construir la casa de un futuro viviendo en la esperanza sobre el terreno liberado, si la justicia domina únicamente, entonces el instinto creador se debilita (*entkräftet*) y se desmoraliza. (...) Por el contrario, sólo envuelto en la ilusión del amor y en razón de una creencia incondicional en lo perfecto y lo justo, logra crear el hombre. (Nietzsche, 2003: 96)

Adjudica así, a la historia, una posibilidad creadora y útil para la vida, sólo cuando ésta acepte su elemento ahistórico y se convierta a sí misma en obra de arte. Pero actualmente, a tales efectos, va a sostener, la historia se contrapone al arte, “y sólo si la historia soporta transformarse en obra de arte, es decir, transformarse en creación artística, podrá quizás mantener o incluso despertar tales instintos.” (Nietzsche, 2003: 96) Para esto, la ilusión del amor es fundamental. Aquí Nietzsche ve al amor como el elemento ahistórico y dionisiaco que posibilita la creación y el elemento racional. Este *amor*, es fundamento del arte y de la creación genuina. Creación de lo nuevo, y estimulante de la madurez del espíritu, que se logra con correlación de ilusorio y lo real. Este elemento que falta y que ha sido corrompido en la sociedad moderna, haciendo del conocimiento (en este caso,

específicamente histórico) una mera crítica, con fines netamente utilitaristas (en el carácter peyorativo de la palabra). Aquí Nietzsche muestra otra de sus ambivalencias. El carácter *útil*, es utilizado en el escrito en dos formas. La primera y principal, es la que se viene utilizando en todo el escrito y que el autor utiliza para dar cuenta de su perspectiva, que significa la utilidad en cuanto servicio del conocimiento para la vida misma, donde la vida es la protagonista quien exige al conocimiento su utilidad y no a la inversa. En segundo lugar está, como se dijo, la forma peyorativa que Nietzsche hace del término *utilidad*, refiriéndose al carácter instrumentalista y económico que ha tomado el conocimiento en la sociedad moderna, donde la utilidad no está designada y exigida por la vida, sino por el mercado y el egoísmo de la acumulación. Ve a la ciencia moderna y al conocimiento, ya a fines del siglo XIX, regidos por parámetros que no parten de la vida, sino del egoísmo, producto de la falta de la atmosfera ahistórica.

3.4. “Nuestro tiempo, el último de los posibles”

Aquí se aborda el cuarto perjuicio que de la utilización de la historia por sí misma, y no para la vida, se desprende. Es un perjuicio que conjuga, como vimos también en los anteriores, la cosmovisión del tiempo y el ideal de conocimiento de la época, pero éste, a diferencia de los demás, tiene una herencia netamente teológica, netamente cristiana. La creencia de su edad contemporánea, de suponerse en la *vejez de la humanidad*, hace de estos, no sólo crédulos tardíos del transcurso histórico, sino impotentes a la hora de la creación. Todo esto, debido a que la formación de su tiempo no está destinada a la creación y a la superación de sí mismo, sino, y por esta creencia de *vejez*, a mirar todo “lo sido”, de lo cual descendemos, con un aire de soberbia e inacción propia de la *vejez*. A esta *vejez* también corresponde, efectivamente, “...una ocupación crepuscular, esto es, la mirada retrospectiva, el balance completo, la conclusión, la búsqueda de consuelo en lo ya sido, el recuerdo... en suma, la formación histórica” (Nietzsche, 2003: 105). Suponer estar en el último de los tiempos posibles, como lo dice Nietzsche, refiere a pre-suponer también que toda finalidad de los hombres modernos no es más que cultivar una sabia reflexión sobre lo acontecido para comprender así, los tiempos presentes, pero nunca buscar en ello un estímulo de creación o de acontecer. Ya todo ha sido hecho, ya poco resta por hacer. Dicho

de otra manera, la formación moderna, y el hombre moderno producto de ella, se forman para estudiar o criticar lo acontecido, no para crear nuevos acontecimientos, para mirar el pasado en buscas de respuestas y no de estímulo para la acción, sino a penas para el intelecto. Y es por esta condición, uno más de los síntomas de ésta *enfermedad histórica*, que Nietzsche ve el padecimiento consecuente que su época debe soportar. En algún momento, sostiene, "...se nos tendrá que aplicar la profecía de Hesíodo: un día los hombres nacerán con los cabellos grises y Zeus destruirá esta generación tan pronto como ese signo sea perceptible a sus ojos" (Nietzsche, 2003: 105). Y ésta generación se autodestruye en la inacción y en la crítica de todo "lo sido". Se destruye creyendo, irónicamente, que se eleva, y que concluye.

3.5. Una época cínica. ¿Sentido y conclusión de todos los enigmas del devenir!

Último de los perjuicios de la formación moderna para la vida del hombre, el cinismo. Antes de todo, Nietzsche se pregunta: "¿Es acaso nuestro tiempo una «primicia» semejante?" (Nietzsche, 2003: 114) Ahí reside lo fundamental de la actitud cínica de la época sobre sí misma, la intención de creerse superior a todo lo predecesor. Este cinismo de su creencia y su actuar, desprestigia sarcástica y burdamente todo lo acontecido, y, más aún, todo lo que acontece en su tiempo presente sin las características de la que se jacta ser adalid la modernidad, es decir, *lo histórico*. Se desprestigia todo lo ahistórico, todo lo dionisiaco, todo impulso vital del presente, y ese cinismo conlleva dentro de sí, la destrucción de la sociedad.

Todo lo acontecido, se justifica en pos de los tiempos presentes, donde habitan los hombres cuyo desarrollo es supremo y superior a todo lo desarrollado, y donde la perspectiva ontológica de la realidad por antonomasia, habita. Nada pudo haber sido de una forma diferente en cuanto que justifica todo lo que hoy se concibe como verdadero. Aquí y sólo aquí, es decir en la modernidad (y específicamente en el burgués educado moderno) reside todo lo que podría haber sido y todo lo que alguna vez será. Actitud cínica si las hay, suponer, sin mucha conciencia, que somos la realización de la naturaleza, consumación de

las más altas aspiraciones del orden cósmico. Así, lo muestra en las últimas páginas de la *Segunda Intempestiva*:

“Un cinismo que justifica la marcha entera de la Historia e incluso del desarrollo total del mundo para el propio uso del hombre moderno, es decir, como en el canon cínico: todo tuvo exactamente que ocurrir como justo es ahora y de ningún modo podría haber sido el hombre diferente a como ya es; frente a este imperativo, nadie puede rebelarse. En la complacencia de un cinismo semejante, se refugia el que no puede aguantar en la ironía.” (Nietzsche, 2003: 115)

4. Conclusión

En el marco de renovación del campo de la historia social de la memoria, la revalorización de Nietzsche como pensador oportuno para el análisis del campo social y por considerar las institucionalidades y paradigmas actuales como herederos de la Modernidad, y como tal, herencia de lo que Nietzsche analiza críticamente en su tiempo; es que la pertinencia de un análisis interpretativo de la obra nietzscheana, y específicamente del papel que la historia juega en su época, brinda la posibilidad actual de profundizar en dos cuestiones. En primer lugar, en la subjetividad como construcción y aporte, no sólo del discurso histórico, sino también de la realidad, nutriendo así el campo de conocimiento y evitando totalitarismos discursivos y gnoseológicos que pretendan instituirse como verdades canónicas sea en el ámbito del conocimiento, de la política o demás. Por otro lado, la crítica nietzscheana de la Historia y de la sociedad burguesa en la cual se inscribe su análisis, permite develar cuantas de las pretensiones actuales del campo histórico, tienen más que ver con una concepción burguesa inmaculada del conocimiento, que con un pretendido accionar transformador y práctico de la Historia en la Vida.

Por último, resulta adecuado destacar la pertinencia del espíritu *sospechoso* que pregona Nietzsche, el cual, más que utilizado como fundamentación crítica, puede brindar un enorme aporte al campo del crecimiento humano si la sospecha parte de los propios valores e ideas indiscutibles que construimos sobre nosotros mismos y la sociedad. Partir de una crítica personal y una puesta en duda de lo que concebimos como *obviamente real*, aporta

al ámbito común y político de construcción social conjunta, un elemento primordial que soluciona el conflicto y posibilita construir *en* la comprensión.

5. Fuentes

- **Nietzsche, F.** (2011) *Ecce homo*, Buenos Aires: Alianza Editorial. Traducido por: Andrés Sánchez Pascual.
- **Nietzsche, F.** (2003) *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida*, Madrid: Biblioteca Nueva. Traducido por Germán Cano.